

***Las Islas de los Bienaventurados:
Historia de un mito en la literatura
griega arcaica y clásica ****

Marcos MARTÍNEZ

Summary

The present essay attempt to make the history of the myth of the Islands of the Blest or Fortunate Islands in the archaic and classical periods of the greek literature.

1. INTRODUCCIÓN

La expresión griega *makárōn nēsoi*, que en un momento dado los latinos tradujeron por *fortunatorum insulae*, de donde posteriormente derivaría la designación geográfica *Fortunatae Insulae* («Islas Afortunadas»), ha dado nombre a uno de los más célebres mitos de la cultura occidental que cuenta con casi treinta siglos de historia¹. Pero es a la vez un concepto religio-

* Con ligeros añadidos y retoques, este artículo reproduce una Comunicación del autor presentada en el marco del *V Coloquio Internacional de Filología Griega* (U.N.E.D., 2-5 de marzo de 1994), dirigido por el Prof. Juan Antonio López Férrez.

¹ Valerio Manfredi acaba de hacer una historia de nuestro tema en su libro *Le Isole Fortunate*, Roma, 1993, donde aborda la cuestión en los principales autores griegos y latinos. Para una valoración general de esta obra véase nuestra reseña en *Philologica Canariensis*, n.º 0 (1994), pp. 519-524. Para la historia posterior de nues-

so cuyos orígenes, posiblemente, remonten al antiguo Egipto hace ya más de tres mil años. El sintagma griego suele traducirse en español por «Islas de los Bienaventurados», que correspondería al fr. «Îles des Bienheureux», al al. «Inseln der Seligen», al ing. «Isles of the Blest» y al it. «Isole dei Beati». Otras traducciones españolas como «Islas de los Dichosos», «Islas de los Felices», «Islas de los dioses» e, incluso, «Islas de los muertos» son también posibles dependiendo de la semántica del adjetivo griego *mákar*. Lo que verdaderamente debe quedar claro al inicio de nuestro trabajo es el hecho de que nos encontramos ante una noción que empieza formando parte de un mito, el de las Edades, a la par que se integra en unas ideas religiosas sobre la vida en el Otro Mundo, para terminar designando, fundamentalmente, a un grupo de Archipiélagos del Atlántico Sur. Como es bien conocido, tanto las Azores, como Madeira, Canarias y Cabo Verde han sido denominadas en algún momento de su historia «Islas Afortunadas». Es más, desde el siglo pasado, el geólogo y botánico inglés Philip Barker Webb (1793-1854) acuñó el término «Macaronesia», formado de la expresión griega, para designar la región bio-geográfica constituida por los Archipiélagos citados². Pero de todos ellos, que nosotros sepamos, es el Archipiélago canario el único que todavía hoy sigue manteniendo su denominación de «Islas Afortunadas», que, como reclamo turístico-publicitario, le ha proporcionado pingües beneficios³.

1.1. El mito de las Islas de los Bienaventurados como una tierra de felicidad, otras veces llamada *Elísio* o *Paraíso*, forma parte de una amplia concepción, extendida por todas partes, según la cual la humanidad ha vivido, vive o vivirá en una situación más dichosa de lo que vive en la actualidad⁴.

tro mito, especialmente en lo que se refiere a los autores humanísticos y renacentistas italianos, véase ahora T. J. Cachey, *Le Isole Fortunato. Appunti di storia letteraria italiana*, Roma, 1995.

² Cf. W. Wildpret de la Torre-O. Rodríguez Delgado, «Philip Barker Webb en la conmemoración del II centenario de su nacimiento», en *El Día*, 18 de julio de 1993, supl. La Prensa, p. XIII.

³ Para la relación del mito atlántico con el turismo canario cf. M. Marschik, «Der atlantische Mythos. Über den touristischen Umgang mit Kultur am Beispiel der Kanaren», en *Almogaren*, 24-25 (1993-4), pp. 301-310.

⁴ Cf. H. Eichhoff, «Über die Sagen und Vorstellungen von einem glückseligen Zustande der Menschheit in der Gegenwart, der Vergangenheit oder der Zukunft bei den Schriftstellern des classischen Altertums», en *Neue Jahrbücher für Philologie und Pädagogie*, 12 (1879), pp. 581-601. Para la idea de lo que podría llamarse «Mito

Es problemático decidir dónde pudo originarse la idea de unas Islas de los Bienaventurados. Recientemente V. Manfredi ha adelantado la hipótesis de que este mito pudiera derivar de fuentes mesopotámicas, en concreto del poema sumerio de Gilgamesh, que sería traído a occidente por los fenicios cuando éstos imaginaron una tierra de inmortalidad en el Océano occidental⁵. Hace ya medio siglo que J. G. Griffiths, por el contrario, había puesto el origen de nuestro tema en la cultura egipcia, concretamente en unos textos de las Pirámides en los que se habla de una serie de islas que tendrían que ver con ideas del Más Allá. Para este autor inglés el mito habría pasado a occidente a través de la isla de Creta, razón por la cual tantos elementos de este mito están conectados a esta isla griega⁶. En un origen egipcio cree también el holandés H. Wagenvoort, quien piensa en un contacto greco-egipcio ya en la Edad de Bronce, siendo luego los movimientos religiosos órficos y pitagóricos quienes más intensamente asuminan el mito de unas islas de la inmortalidad⁷. Últimamente el Profesor García Teijeiro ha explicado la cuestión en el marco de una herencia común indoeuropea, a la que se remontaría la idea de una pradera de dulce clima que separa el mundo de los vivos del de los muertos y que en la escatología griega se materializa en conceptos tan conocidos como Campos Elisios, Islas de los Bienaventurados o Jardín de las Hespérides⁸. Nuestro mito juega también un papel muy importante en la literatura y religión celtas, como lo han puesto de manifiesto, entre otros, los trabajos de E. Beauvois, J. A. MacCulloch y H. R. Patch⁹, así como en la de las Islas Británicas¹⁰. En la cultura hindú, en especial en los grandes poemas épicos

del paraíso» en la literatura griega puede consultarse con provecho H. Thesleff, «Notes on the Paradise Myth in Ancient Greece», *Temenos*, 22 (1986), pp. 129-139.

⁵ Cf. V. Manfredi, «A Mesopotamian Origin for the Myth of the Fortunate Islands?», *Fortunatae*, 7 (1995), pp. 319-324.

⁶ Cf. J. G. Griffiths, «In Search of the Isles of the Blest», *Greece and Rome*, 16 (1947), pp. 122-126.

⁷ Cf. H. Wagenvoort, «The journey of the souls of the dead to the Isles of the Blessed», *Mnemosyne*, XXIV (1971), pp. 113-161.

⁸ Cf. M. García Teijeiro, «Escatología griega e Islas de los Bienaventurados», en *Serta Gratulatoria in honorem Juan Régulo*, vol. 1, La Laguna, 1985, pp. 271-280.

⁹ Cf. E. Beauvois, «L'Elysée transatlantique et L'Éden occidental», en *Revue de l'Histoire des Religions*, VII (1883), pp. 273-318; J. A. MacCulloch, *The Religion of the Ancient Celts*, Edimburgo, 1911, esp. p. 362 y ss; H. R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, 1956.

¹⁰ Cf. J. Waters Bennett, «Britain among the Fortunate Isles», *Studies in Philology*, 53 (1956), pp. 114-140.

del *Mahābhārata* y *Rāmāyana*, se describen igualmente unas tierras de felicidad, entre las que sobresale una «isla esencial», dorada y embellecida, que a veces recibe el nombre de «isla de las joyas», adornada con los elementos propios de nuestro mito. Algo parecido podría decirse también de la cultura japonesa, en la que encontramos el concepto de Horaisan, la tierra de la vida eterna¹¹. Igualmente, la cultura tradicional de la China conoce unas Islas de los Bienaventurados, situadas en el Pacífico, en la costa oriental del país, que serían cinco y se llamarían *Tai Yu*, *Yuan Chiao*, *Frang Hu*, *Ying Chou* y *P'eng Lai*¹². Por último, cabría citar también aquí las tribus indias del sudoeste americano en las que, asimismo, se puede encontrar la idea de unas islas de felicidad en términos muy parecidos a nuestro mito¹³. Basta, por tanto, con la anterior y seleccionada descripción de nuestro mito en algunas partes de nuestro planeta para dar idea de lo extendida que está por todo el universo la concepción de unas islas relacionadas con la vida feliz e inmortal. En vista de ello, no sería exagerado adelantar, en relación con su origen, la hipótesis de una concepción perteneciente al imaginario colectivo de la humanidad.

1.2. Justamente el haber participado, hace ya algunos años, en la elaboración de una nueva *Historia de las Islas Canarias* (1991) es lo que nos ha llevado a ocuparnos últimamente del tema objeto de nuestra disertación. En esa colaboración pretendimos arrojar un poco de luz sobre toda una serie de cuestiones míticas, fantásticas o maravillosas, que podemos encontrar en muchos textos grecolatinos de la Antigüedad y Edad Media y que los historiadores locales canarios, desde el siglo XVI, han pretendido relacionar con Canarias, en algunas ocasiones sin el menor fundamento¹⁴. Ello nos sirvió para publicar al año siguiente (1992) un modesto ensayo que con el título de *Canarias en la Mitología* pretendía poner un poco de orden en todo un material mítico macaronésico, situando cada tema en su auténtico contexto e intentado analizar las causas de la posible relación con las

¹¹ Para el tema de las Islas de los Bienaventurados en las culturas hindú y japonesa, cf. W. J. Perry, «The Isles of the Blest», en *Folklore*, 32 (1921), pp. 150-170.

¹² Cf. W. P. Yetts, «The chinese Isles of the Blest», en *Folklore*, 30 (1919), p. 39 y ss.

¹³ Cf. H. Biedermann, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, 1993, p. 245.

¹⁴ Cf. Marcos Martínez, «Canarias en la Antigüedad: mito y utopía», en *Historia de Canarias*, vol. I, Alzira, 1991, pp. 21-40. He completado algunos temas esbozados en esta publicación en mi libro *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos Aspectos*, Sta. Cruz de Tenerife, 1996.

islas¹⁵. En el transcurso de tales investigaciones pronto nos percatamos de que el estudio de una mitología insular sólo podría llevarse a cabo satisfactoriamente en el marco del concepto «isla». De ahí que desde hace algunos años vengamos centrando nuestros esfuerzos en el análisis de todos aquellos textos grecolatinos que tienen que ver con islas. En este sentido hemos redactado ya un primer trabajo introductorio sobre el tema, aparecido en el *Homenaje al Prof. Luis Gil*¹⁶. En él hacemos unas consideraciones generales sobre las islas como espacios geográficos, especialmente propicios a los fenómenos naturales más extraños, desde lo utópico y paradisiaco hasta lo más raro y terrorífico, y proponemos una tipología inicial de las islas en la literatura grecolatina.

1.3. A este respecto, cabe señalar que a la hora de poner una etiqueta determinada a cada isla en concreto impera entre los estudiosos la más absoluta disparidad. Lo que para unos es una isla imaginaria, para otros es utópica; para quienes piensan que es una isla legendaria, no faltan quienes creen que es una isla mítica. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el tema de la Atlántida¹⁷. En el trabajo que estamos comentando he pretendido, en la medida de lo posible, delimitar los diferentes tipos, proponiendo una clasificación, que, entre otras, abarcaría las siguientes clases:

- a) *Islas escatológicas*: concebidas como morada o residencia de los dioses y determinadas personas, sobre todo héroes, adonde van en lugar de morir o después de su muerte, en recompensa a determinados comportamientos, así como de las almas de las personas justas y virtuosas. Es el caso, por ejemplo, de las islas objeto de nuestra intervención¹⁸.
- b) *Islas míticas*: en las que se desarrolla un mito de cierta entidad y no una mera anécdota etiológica. Por ejemplo, las Hespérides¹⁹.

¹⁵ Cf. Marcos Martínez, *Canarias en la Mitología*, Sta. Cruz de Tenerife, 1992.

¹⁶ Cf. Marcos Martínez, «Las islas poéticas en la literatura grecolatina antigua y medieval», en *Charis Didaskalias. Homenaje a Luis Gil*, Universidad Complutense, Madrid, 1994, pp. 431-449.

¹⁷ Cf. nuestro artículo «Atlántida» en la *Gran Enciclopedia Canaria*, vol II, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 462-465.

¹⁸ Cf. J. Zemmrich, *Toteninseln und verwandte geographische Mythen*, Leiden, 1891.

¹⁹ He estudiado este tipo de islas en mi ensayo «Islas míticas», en F. Diez de Velasco-M. Martínez-A. Tejera (eds.), *Realidad y mito*, ed. Clásicas, Madrid, 1997, pp. 19-43.

- c) *Islas utópicas*: las que sirven de marco a la exposición de una utopía, como la Atlántida.
- d) *Islas fantásticas*: las puramente inventadas, sin el menor atisbo de realidad, producto de la fantástica imaginación de su autor, como las islas que describe Luciano en sus *Relatos Verídicos*.
- e) *Islas legendarias*: aquellas que pueden tener ciertos visos de realidad, pero que su identificación con las islas reales tropieza con serias dificultades, como ocurre, por ejemplo, con la isla Tule.
- f) *Islas «amoenas»*: en las que predomina la descripción de lo que la crítica literaria entiende por «locus amoenus» o paisaje ideal, cual acontece, por ejemplo, con algunas islas de la *Odisea*.
- g) *Islas-Paraíso*: aquéllas en las que se ha querido ubicar semejante concepto, como podemos observar en la literatura celta de los *inrama* o viajes a islas dispersas, del estilo de la *Navigatio Sancti Brendani*²⁰.
- h) *Islas-exilio* o de desterrados: como la isla de Lemnos, donde el ejército griego abandonó a Filoctetes.
- i) Otras islas serían las *flotantes*²¹, *islas encantadas*, *islas fantasmas*, etc.

1.4. Somos conscientes de que en ciertos casos no podrían trazarse unos límites precisos entre algunos de estos tipos, y una misma isla podría pertenecer a varias de estas clases. Es lo que ocurre con nuestras Islas de los Bienaventurados, que pueden considerarse unas islas míticas y escatológicas, a la vez que participan de los rasgos de las llamadas *Islas-Paraíso* e *Islas «amoenas»*. Pero, dado que sus notas más características tienen que ver con la muerte y la morada en el Más Allá, su nombre más apropiado sería el de *escatológicas*. A este tipo de islas hemos dedicado otro trabajo en el marco del III Simposio Internacional sobre Plutarco, en el que, además de las Islas de los Bienaventurados, hemos analizado otras de similar condición, como la

²⁰ Véase ahora la traducción castellana de esta obra, *La navegación del abad San Brendano*, Madrid, 1995, por obra de José Manuel Álvarez Flórez.

²¹ He estudiado este tipo de isla en mi ensayo «Islas Flotantes», en N. Palenzuela (ed.), *Las islas extrañas*, Las Palmas de G. Canaria, 1998, pp. 47-67.

Isla Leuca, las islas de Perséfone, la Isla de Cronos, etc.²². Algunas otras saldrán a relucir en el transcurso de nuestra exposición.

1.5. En muchos pueblos, además del griego, el lugar de residencia de los muertos está determinado por el sol: la caída del sol recuerda fácilmente la muerte de la persona. Allí donde se pone el sol, después de su paseo diario, encuentra también el alma un nuevo lugar de residencia. Esto es lo que explica que se sitúen en el oeste el país de las muertos y el mundo subterráneo²³. Un elemento básico de la primitiva imagen del mundo era el Océano, noción primordial, ya que en él estaba la fuente de la inmortalidad, la ambrosía que permitía escapar a la muerte y miserias humanas. De él proceden los dioses y es símbolo del alejamiento, pues su sola mención evocaba parajes inaccesibles, habitados por los más extraordinarios seres²⁴. Por consiguiente, en relación con el tema que nos ocupa veremos que predomina la relación de un Más Allá u Otro Mundo con unas islas en el extremo occidental, en pleno Océano, morada de los dioses y de los muertos, que, a la vez, es una tierra maravillosa y donde la conexión con el sol es muy llamativa²⁵. De aquí que quien quiera indagar en el límite occidental de la Europa conocida de la Antigüedad tenga que referirse necesariamente a lo que se entiende por «geografía mítica»²⁶. En ella confluyen aspectos religiosos, leyendas sobre los orígenes de las cosas, así como el conocimiento

²² Cf. Marcos Martínez, «Islas escatológicas en Plutarco», en M. García Valdés (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, ed. Clásicas, Madrid, 1994, pp. 81-113.

²³ Cf. A. Ballabriga, *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, Paris, 1986.

²⁴ Cf. P. Gordon, *L'image du monde dans l'Antiquité*, Paris, 1949.

²⁵ Cf. C. Hernando Balmori, «Por los confines de Occidente», *Emerita*, 33 (1965), pp. 243-264; A. Grilli, «El mito dell' estremo occidente nella letteratura greca», en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*, Taranto, 1990, pp. 9-28; J. S. Romm, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton, 1992; H. G. Nesselrath, «Ierodot und die Enden der Erde», *MH*, 52 (1995), pp. 20-44; M. Brioso Sánchez, «El concepto del Más Allá entre los griegos», en P. M. Piñero Ramírez (ed.), *Descensus ad Inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 13-53; V. Jabouille, «Os mitos do Occidente», en *Classica*, 22 (1997), pp. 49-61; P. Wülfing, «La fascination de l'Ouest dans l'Antiquité et après», *idem*, pp. 179-188.

²⁶ Cf. H. Biedermann, «Geistesgeschichtliche Grundlagen der Entdeckungsgeschichte der Kanaren», en *Almogaren*, 15-16 (1984-85), pp. 7-22. Para el concepto de «geografía mítica» aplicado al mundo griego, véase ahora el trabajo de Máximo Brioso Sánchez, «Geografía mítica de la Grecia antigua», en *Philologia Hispalensis*, 8 (1993), pp. 193-213 y 9(1994), pp. 187-209.

y descubrimiento de nuevas tierras. Esto es especialmente aplicable a toda la franja atlántica, donde en un momento dado vendrá a ubicarse, además de nuestro tema, toda una serie de tradiciones míticas referidas a Occidente: el mito de Gerión, el Jardín de las Hespérides, los Campos Elisios, la Atlántida, el mito de Faetón, el tema de las Gorgonas, etc.²⁷.

1.6. Actualmente estamos enfrascados en la dirección de un ambicioso proyecto que pretende dar a conocer en diferentes monografías, realizadas por diversos estudiosos, profesores todos ellos de las Universidades de La Laguna y Las Palmas de Gran Canaria, los temas anteriormente citados, y otros no mencionados, que constituirían algo así como la «geografía mítica de las Islas Canarias». Una de esas monografías está dedicada a la historia del concepto «Islas Afortunadas» y tiene como autor a quien les habla. Por esto no he querido desaprovechar la amable invitación que me ofreció el Dr. López Férez para participar en este *V Coloquio Internacional de Filología Griega*, dedicado al universo del mito en la literatura griega arcaica y clásica, ya que se me brindaba la ocasión de exponer ante ustedes una parte de la historia de ese concepto: la correspondiente a su nacimiento y primer desarrollo. En la monografía anunciada pretendo recoger, no obstante, los textos griegos, latinos y árabes que aluden a unas islas de tal naturaleza, desde su primera aparición hasta las menciones más recientes en la literatura universal. En la presente Comunicación me limitaré, como reza el título de la misma, a los textos griegos de las épocas arcaicas y clásicas, con inclusión de otros de épocas helenísticas y tardía que guardan alguna relación con los anteriores. Mi intención es, en definitiva, abordar nuestro tema hasta las primeras referencias a unas islas reales; es decir, hasta cuando el mito se transfiere a las islas atlánticas verdaderamente existentes. En un último capítulo intentaremos sacar algunas conclusiones a la vista de los textos presentados²⁸.

²⁷ Cf. E. Gozalbes Cravioto, «Los mitos griegos del Africa atlántica», *AFLA*, 39 (1993), pp. 373-400.

²⁸ Para el tema que nos va a ocupar seguidamente son de escasa utilidad los siguientes trabajos: F. G. Welcker, «Die homerischen Phäaken und die Inseln der Seligen», *RM*, 1 (1832), pp. 219-283; K. Müller, *De fortunatorum insulis disputatio*, Gotinga, 1837; F. Hommel, *Die Insel der Seligen in Mythos und Sage der Vorzeit*, Munich, 1901; F. A. Voigt, «Die Insel der Seligen», *GRM*, 22 (1934), 276-290; A. Schulten, «Las Islas de los Bienaventurados», *Ampurias*, 7-8 (1946), pp. 5-22; B. Neutsch, «Makaron Nesos», *MDAI-Berlin*, 60-61 (1953-4), pp. 62-74; H. Biedermann, «Die Inseln der Seligen», *Universum*, 24 (1964), pp. 34-37; A. García y

2. LAS ISLAS DE LOS BIENAVENTURADOS EN LA LITERATURA GRIEGA ARCAICA

La primera mención de unas Islas de los Bienaventurados en la literatura occidental tiene lugar hacia el 700 a.C. en la obra de Hesiodo *Los Trabajos y Días*, un poema didáctico en uno de cuyos pasajes se introduce uno de los mitos más famosos en relación con el género humano: el mito de las Edades o de las Razas, más conocido como mito de la Edad de Oro²⁹. Hablando de la cuarta generación, que precede a la de hierro, que sería la nuestra, el poeta de Ascra nos dice (*Op.* 156-173a):

Después que la tierra sepultó esta raza, de nuevo Zeus Crónida, sobre la fecunda tierra, creó una cuarta, más justa y mejor, raza divina de héroes que se llaman semidioses, primera especie en la tierra sin límites. A éstos la malvada guerra y el terrible combate los aniquilaron, a unos luchando junto a Tebas, de siete puertas, en la tierra Cadmea, por causa de los hijos de Edipo, a otros, conduciéndoles en naves sobre el abismo del mar hacia Troya, por causa de Helena de hermosa cabellera [allí realmente la muerte envolvió a unos]; a otros el padre Zeus, proporcionándoles vida y costumbres lejos de los hombres, los estableció en los confines de la tierra. Éstos con un corazón sin preocupaciones viven en las islas de los bienaventurados junto al profundo Océano, héroes felices, para ellos la tierra rica en sus entrañas produce fruto dulce como la miel que florece tres veces al año [lejos de los inmortales, entre éstos reina Crono]³⁰.

Bellido, «Las Islas de los Bienaventurados o Islas Afortunadas», en *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid, 1977, pp. 47-57; H. Wagenvoort, «Isles of the Blessed and insula Tiberina», en su libro *Studies in Roman Literature, Culture and Religion*, Londres, 1978, pp. 274-289; M. Mahn-Lot, «Îles des bienheureux et Paradis terrestre», *Revue Historique*, 231 (1989), pp. 47-50. En cambio, ofrecen datos muy importantes para el análisis de nuestros textos los siguientes trabajos: A. Díaz Tejera, «Las Canarias en la Antigüedad», en F. Morales Padrón (coord.), *Canarias y América*, Sevilla, 1988, pp. 274-289; N. Santos Yanguas, «El mito de las Islas Afortunadas en la Antigüedad», en *Memorias de Historia Antigua*, 9 (1988), pp. 165-173; Marcos Martínez, libro citado en nota 15, pp. 57-86; F. J. Gómez Espelosín-A. Pérez Largacha-M. Vallejo Girvés, *Tierras Fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá, 1994, esp. p. 159 y ss.; ídem, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1995, esp. p. 85 y ss.

²⁹ Para el tema del mito de la Edad de Oro en la cultura grecolatina cf. C. Baldry, «Who invented the Golden Age?», *CQ, N.S.* 2 (1952), pp. 83-92; B. Gatz, *Weltalter. goldene Zeit und sinnverwandte Vorstellungen*, Hildesheim, 1967; A. Neyton, *L'âge d'or et l'âge de fer*, París, 1984; H. F. Bauzá, *El imaginario clásico. Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Universidad de Santiago de Compostela, 1993.

³⁰ La traducción es de A. y M. A. Martín Sánchez, *Hesiodo: Teogonía. Trabajos y Días. Escudo. Certamen*, ed. Alianza, Madrid, 1986, p. 74.

Las ideas que merecen destacarse de este pasaje son que Zeus crea una cuarta raza más justa, una raza de héroes llamados semidioses, de los que unos mueren luchando en Tebas o Troya y a otros los establece Zeus en unas Islas de los Bienaventurados, en los confines de la tierra, junto al profundo Océano, lejos de los hombres, donde viven felices y sin preocupaciones, y para quienes la rica tierra produce dulce fruto como la miel, que florece tres veces al año. Se añade a veces por algunos editores un verso que se considera espurio y que viene a indicar que entre estos héroes reina Cronos, lo cual conectaría nuestro pasaje más directamente con la primera de las razas, la correspondiente a la de Oro, que se describe en los versos 109-126 y donde se expresa claramente que tal generación existió en tiempos de Cronos³¹. De todas maneras, en los textos posteriores, especialmente tardíos, Cronos está muy asociado a las Islas de los Bienaventurados, como puede comprobarse por la cita de Zenobio, rétor y paremiógrafo del siglo II d.C., autor de tres libros de refranes, quien en el 3.86 nos explica: «Hesiodo dice que las Islas de los Bienaventurados están por el Océano y que allí viven los felices gobernados por Crono». La misma idea aparece también en otro autor del siglo II d. C., el médico Marcelo, autor de un largo poema funerario dedicado a Regila, la esposa de Herodes Ático, de la que dice (cf. Kaibel, E G 1046, 8-9): «Ella vive con las heroínas en las Islas de los Bienaventurados, donde reina Crono». Si se comparan los dos pasajes de Hesiodo citados se podrían observar llamativas afinidades, entre las que cabría citar una vida feliz sin preocupaciones y una extraordinaria fertilidad de la tierra convertida en una especie de paraíso agrícola. Es muy probable, como presupone la mayoría de los estudiosos, que el mito de la Edad de Oro, con su visión del mundo exenta de guerras, trabajos, sufrimientos, etc., le haya venido a Hesiodo de Oriente³². Un detalle importante de nuestro pasaje es que no se dice la causa por la que Zeus recompensa a ciertos héroes a vivir en estas islas en las condiciones propias de la Edad de Oro. Indirectamente podría deducirse que ello se debe a su sen-

³¹ Para la exégesis del texto de Hesiodo son importantes los trabajos de G. Morrocho, «El mito de la Edad de Oro en Hesiodo», *Perfidit*, 64-65 (1973), pp. 65-100 y G. Broccia, «Chi va ad abitare le Isole dei Beati?», *Euphrosyne*, 10 (1980), pp. 80-91. Para la relación del mito de la Edad de Oro y el tema de las Islas de los Bienaventurados cf. I. Trencsényi-Waldapfel, «Der Mythos vom goldenen Zeitalter und den Inseln der Seligen», en su libro *Untersuchungen zur Religionsgeschichte*, Budapest, 1966, pp. 133-154.

³² Recientemente ha vuelto a abordar la relación del mito de la Edad de Oro y las Islas de los Bienaventurados A. S. Brown, «From the Golden Age to the Isles of the Blessed», en *Mnemosyne*, LI (1988), pp. 385-410.

tido de la justicia y de la *areté* (v. 158), como correspondería al concepto de héroe en tiempos de Hesiodo: un *status* social elevado y un comportamiento apropiado al mismo³³.

2.2. Muy próximo al concepto que venimos estudiando es el de «Llanura Elisia» (*Elysion pedion*) que encontramos en la *Odisea*, obra que suele considerarse más o menos contemporánea de Hesiodo. La expresión griega la tradujeron los latinos, entre otras versiones, por *Elysii Campi*, «Campos Elisios», que es la forma por la que más comúnmente se conoce este concepto. Los Campos Elisios constituyen un tema que tiene su historia propia e independiente del de las Islas de los Bienaventurados³⁴. Pero lo que aquí interesa resaltar, por el momento, es que ambas denominaciones son diferentes maneras de nombrar a un mismo asunto. En el contexto del viaje de Telémaco a Esparta en busca de información sobre su padre, Menelao le cuenta una profecía del egipcio Proteo, dios marino, siervo de Poseidón, que le había anunciado sobre su destino durante su estancia de veinte días en Egipto (*Od. IV, 561-69*):

Respecto a ti, Menelao, vástago de Zeus, no está determinado por los dioses que mueras en Argos, criadora de caballos, enfrentándote con tu destino, sino que los inmortales te enviarán a la Llanura Elisia, al extremo de la tierra, donde está el rubio Radamantis. Allí la vida de los hombres es más cómoda, no hay nevadas y el invierno no es largo; tampoco hay lluvias, sino que Océano deja siempre paso a los soplos de Céfiro que sopla sonoramente para refrescar a los hombres. Porque tienes por esposa a Helena y eres yerno de Zeus³⁵.

De acuerdo con este pasaje, Proteo le profetiza a Menelao, un héroe participante en la guerra de Troya, que va de regreso a su patria, que los dioses

³³ El mejor estudio que conocemos hasta la fecha sobre el tema nuestro en la literatura arcaica griega es el de G. Alford, *The Origin and Employment of a Foreign Eschatological Concept in Archaic Greek Literature*, Washington, 1987, al que le debemos algunas de las ideas expresadas en el presente artículo.

³⁴ Para el tema general de los Campos Elisios cf. el libro de W. F. J. Knight, *Elysion. Ancient Greek and Roman Beliefs concerning Life after Death*, Londres, 1970, y nuestro artículo «Campos Elisios», en la *Gran Enciclopedia Canaria*, tomo II, Ediciones Canarias, 1995, pp. 752-754. Véase también últimamente Ch. Sourvinou-Inwood, *Reading Greek Death to the End of the Classical Period*, Oxford, 1995, pp. 17-56.

³⁵ La traducción es de J. L. Calvo, *Homero. Odisea*, ed. Nacional, Madrid, 1976, p.105-6.

han determinado que no muera en Argos, por lo que le enviarán a la «llanura Elisía», situada en el extremo de la tierra, donde reside Radamantis y donde los hombres llevan una vida cómoda, debido sobre todo a las condiciones climáticas: no hay nevadas, el invierno no es largo, tampoco hay lluvias y los soplos de Céfiro refrescan a sus habitantes. El texto termina indicando la razón por la que se tiene esta consideración con el rey de Esparta: porque está casado con Helena y es, por tanto, yerno de Zeus. Este texto de la *Odisea* es muy llamativo, entre otras razones, por presentar un concepto sobre el más allá que difiere notablemente de la escatología del Hades que el mismo poema nos ofrece en el canto XI. También resulta curioso que el concepto de «llanura Elisía» no se vuelva a encontrar realmente en la literatura griega hasta Apolonio de Rodas (295-215 a.C), IV, 811, todo lo contrario del de las Islas de los Bienaventurados, que tendrá un frecuente empleo como veremos a continuación. Se ha pretendido que la razón podría ser la dificultad métrica de la expresión, por su abundancia de vocales breves que harían difícil su entrada en ciertos tipos de poesía³⁶. Pero lo que verdaderamente importa para nuestro objetivo es señalar que los nueve versos de la *Odisea* tienen amplias resonancias con el pasaje de Hesiodo, por lo que no resulta arriesgado conjeturar que tanto la idea de unas Islas de los Bienaventurados como la de «llanura Elisía», entendidos como lugares de residencia de determinados héroes, entra en Grecia aproximadamente por las mismas fechas y, tal vez, procedentes de la misma zona: Egipto y el Próximo Oriente. Tanto en uno como en otro texto se nos dice que sus moradores son establecidos o enviados directamente por los mortales, o por Zeus, a estos parajes, situados en los confines de la tierra, al borde del Océano, descritos con diferentes matices, como conviene al contexto en el que se encuentran: en el caso de Hesiodo, y en un poema didáctico sobre la agricultura, en términos del mito de la Edad de Oro; en el caso de la *Odisea*, en el marco de las condiciones climáticas del mar por el que Menelao debe regresar a su patria. En todo caso, que los griegos antiguos tenían el sentimiento de que ambas nociones aludían a lo mismo, lo veremos luego cuando presentemos otras citas en las que se confunden ambas ideas³⁷.

³⁶ Es la tesis de G. Alford en su libro citado en nota 33.

³⁷ Para la relación de los Campos Elisios e Islas de los Bienaventurados como conceptos escatológicos similares, cf. los trabajos de P. Capelle, «Elysium und Inseln der Seligen», en *Archiv für Religionswissenschaft*, 25 (1927), pp. 245-64 y 28(1928), pp. 17-40; M. Gelinne, «Les Champs Elysées et les Îles des Bienheureux chez Homère, Hésiode et Pindare. Essai de mise au point», *LEC*, 56(1988), pp. 225-240.

2.3. En otros pasajes de la literatura griega arcaica se mencionan héroes a los que les ocurre algo similar a lo de Menelao y a los héroes de la cuarta generación del mito hesiódico. El caso más llamativo, con mucho, es el de Aquiles, el hijo de la diosa Tetis y héroe por excelencia de la guerra de Troya³⁸. Hay hasta tres versiones sobre el lugar de residencia de este personaje después de su muerte:

- a) En la isla *Leuca* o *Isla Blanca*: es la que tenemos en el pasaje de la *Etiópida* atribuida a Arctino de Mileto (finales del siglo VIII a C.), transmitido por la cretomatía de Proclo, en el que se afirma: «Tetis, llegada con las Musas y sus hermanas, entona el planto por su hijo. Después de eso, Tetis, tras arrebatarse a su hijo de la pira, se lo lleva a la isla Leuca»³⁹. Varios autores posteriores siguen la tradición de Aquiles en esta isla, que unas veces se ubica en el Océano y otras en el Ponto Euxino. Así, por ejemplo, Apolodoro (siglo II a.C.) añade el detalle de que en ella fueron enterrados Aquiles y Patroclo, mezclando los huesos de ambos (*Ep.* 5,5). A esta isla la denomina Plinio *Aquilea* y la tiene por una isla bienaventurada (*macaron*, en *H.N.* IV, 12, 93). Antonino Liberal, mitógrafo griego del siglo II d.C., le asigna como esposa en esta isla a Ifigenia, a quien la diosa Artemis «trasladó a la isla llamada Leuca, junto a Aquiles, y, alterando su naturaleza, hizo de ella una divinidad no sujeta a la vejez ni a la muerte, y la llamó, en vez de Ifigenia, Orsiloquia. Se convirtió, más tarde en la esposa de Aquiles» (*Metamorfosis*, cap. 27)⁴⁰. Sobre este asunto véase también Pausanias, III, 19, 12-13, donde se afirma que en esta isla hubo un centro dedicado al culto de Aquiles.

- b) En las *Islas de los Bienaventurados*. A nuestro entender, la primera mención de Aquiles en estas islas tiene lugar en el 10 de los llamados *escolios áticos* transmitidos por Atenco, dedicado a ensalzar la memoria del tiranicida Harmodio, muerto hacia el 514 a.C., como consecuencia del asesinato del tirano Hiparco, que dice así

³⁸ Para la cuestión de Aquiles en las Islas de los Bienaventurados cf. F. Solmsen, «Achilles on the Islands of the Blessed», en *AJPb*, 103 (1982), pp. 19-24.

³⁹ La traducción es de A. Bernabé, *Fragments de épica griega arcaica*, ed. Gredos, Madrid, 1979, p. 142.

⁴⁰ La traducción es de M. A. Ozaeta, *Antonino Liberal. Metamorfosis*, ed. Gredos, Madrid, 1989, p. 262-3.

(PMG, 894): «Querido Harmodio, todavía no has muerto, dicen que estás en las islas de los bienaventurados, donde Aquiles de pies rápidos y dicen que Diomedes, hijo de Tideo»⁴¹. La siguiente mención de Aquiles en estas islas ocurre en el pasaje de la segunda Olímpica de Píndaro, que comentaremos más adelante y donde aparece en compañía de Peleo y Cadmo. Luego sería Platón, en su *Banquete* 179d y 180b, quien nos vuelva a insistir en el asunto, indicándonos además que la causa de semejante residencia se debía a una recompensa de los dioses por su comportamiento afectivo respecto a Patroclo:

No así, por el contrario, fue lo que sucedió con Aquiles, el hijo de Tetis, a quien honraron y lo enviaron a las Islas de los Bienaventurados, porque a pesar de saber por su madre que moriría si mataba a Héctor y que, si no lo hacía, volvería a su casa y moriría viejo, tuvo la osadía de preferir, al socorrer y vengar a su amante Patroclo, no sólo morir por su causa, sino también morir una vez muerto ya éste... De todos modos, si bien, en realidad, los dioses valoran muchísimo esta virtud en el amor, sin embargo, la admiran, elogian y recompensan más cuando el amado ama al amante, que cuando el amante al amado, pues un amante es cosa más divina que un amado, ya que está poseído por un dios. Por esto también honraron más a Aquiles que a Alcestris y lo enviaron a las Islas de los Bienaventurados⁴².

A Aquiles residiendo en las Islas de los Bienaventurados le asigna como esposa Helena el mitógrafo de Alejandría Ptolomeo Queno, del siglo I d.C., quien en su obra *Nueva Historia*, IV, dice expresamente: «De Helena y Aquiles nació en las Islas de los Bienaventurados un niño alado que por la fertilidad del país lo llamaron Euforión». Pausanias, en cambio, (ca. 160 d.C.) se hace eco de otra tradición según la cual Aquiles vive con Helena en la isla Leuca, como dice en relación con el crotoniata Leónimo y su guerra con los locrios de Italia en III, 19, 12-13.

- c) En la *Llanura Elisia*. La primera mención de Aquiles en el *Elisio* se remonta al poeta lírico coral Íbico de Regio (s. VI a.C.) y después de

⁴¹ La traducción es de F. R. Adrados, *Lírica griega arcaica*, ed. Gredos, Madrid, 1980, p. 110-111.

⁴² La traducción es nuestra en *Platón. Diálogos*, vol III, ed. Gredos, Madrid, 1986, p. 202-204.

él a Simónides de Ceos (s. VI d.C.), según el testimonio procedente del escolio a los versos 814-815 de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, en el que se nos dice que «el primero que ha dicho que Aquiles, encontrándose en la Llanura Elisia, tomó por esposa a Medea, fue Íbico, y después de él Simónides» (*Frag.* 270 Page)⁴³. Esta explicación del escoliasta se produce por la mención que hace Apolonio, en el lugar citado, de una profecía de Hera a Tetis en la que le vaticina que en relación con su hijo Aquiles, cuando llegue a la Llanura Elisia, «su destino es ser esposo de la hija de Eetes». A Aquiles en el *Élisis* lo coloca también Quinto de Esmirna (siglo IV d.C.), *Posth.* XIV, 224 y el dramaturgo cordobés Séneca (4 a.C.-65 d.C.) en su obra *Las Troyanas*, 938-944.

2.4. Otro héroe homérico que disfruta de una escatología similar a la que hemos visto para Menelao y Aquiles es Diomedes, quien tomó parte en la expedición contra Tebas y en la guerra de Troya. Según un escolio de Píndaro, a *Nem* X, 12 sería Íbico, de nuevo, quien recogería la tradición de que a este personaje, un gran héroe como Aquiles, lo hizo inmortal Atenea, especialmente por su *areté*, colocándole en una «isla sagrada» del Adriático, donde es honrado como un dios y donde le está consagrado un templo⁴⁴. En esta isla tendría como esposa a Hermíone, la hija de Menelao y Helena, que según cierta tradición era también una diosa. El proceso de Diomedes, pues, por el cual un héroe es immortalizado, es muy parecido al de Aquiles. De ahí que ambos aparezcan mencionados en el escolio ático citado más arriba como residentes también en las Islas de los Bienaventurados. Por textos posteriores sabemos que la isla sagrada de la que habla Íbico se llamó *Isla de Diomedes*. Así, por ejemplo, un texto del Pseudo-Aristóteles, *Relatos maravillosos*, 79, que se supone procedente de la escuela aristotélica de los siglos III o II a.C., nos refiere que en esta isla había un admirable templo de Diomedes, rodeado por pájaros de enorme tamaño y dotados de grandes y fuertes picos, que, según la leyenda, descendían de los compañeros del héroe, que habían naufragado en el Adriático, cerca de esta isla, cuando Diomedes fue dolosamente matado por Eneas, el rey de estos parajes en aquel entonces. Se decía, asimismo, que si a esta isla arribaban griegos, eran dejados en paz, pero si se acercaba algún bárbaro, era atacado por estas aves, que le herían con sus picos

⁴³ Para el texto griego cf. G. Alford, *op. cit.*, p. 27.

⁴⁴ Para el texto griego cf. G. Alford, *op. cit.*, p. 30.

hasta matarlo⁴⁵. La misma leyenda la refiere luego Estrabón (64 a.C.-24 d.C.) en su *Geografía*, VI, 3, 9, aunque añadiendo que son dos las islas de Diomedes, de las que una estaba desierta.

2.5. Similar a la isla de Diomedes habría que considerar igualmente la isla de Sarpedón, quien unas veces se muestra como hijo de Europa y Zeus, y hermano de Minos y Radamantis, y otras como un héroe que participa en la guerra de Troya con un contingente licio, siendo entonces hijo de Zeus y Laodamía, que acaba muriendo a manos de Patroclo. En cualquier caso, ya el autor de las *Ciprias*, un poema del Ciclo épico que llegó a atribuirse incluso a Homero, aunque lo más probable es que sea de Estasino de Chipre y compuesto en la primera mitad del siglo VII a.C., se hace eco de una isla de Sarpedón en el Océano. Por una cita que recoge el gramático griego Herodiano (del siglo II d.C.) en el libro segundo de su tratado sobre la acentuación griega (ed. Lentz, pag. 914) sabemos que este héroe tuvo también su isla en el Océano de profundos torbellinos, que fue igualmente morada de las Gorgonas y era rocosa⁴⁶. De esta isla se hace eco asimismo el poeta lírico griego del siglo VI a.C. Estesícoro de Himera, quien, según nos refiere un escolio a Apolonio de Rodas, I, 211: «En su *Gerioneida* habla también de una isla de Sarpedón situada en el piélago Atlántico» (*Irag.* 53 Page). A Estesícoro debemos igualmente, por otra parte, la primera mención de una «isla muy hermosa de los dioses, donde las Hespérides tienen sus casas todas de oro»⁴⁷. Como es sabido, el tema de las Hespérides, al igual que el de Gerión y el del perro Cerbero, los tres integrantes del catálogo de los trabajos de Heracles que se desarrollan por occidente, tiene fuertes connotaciones con ideas de la muerte e inmortalidad⁴⁸.

2.6. Una figura del ciclo tebano que aparece residiendo en las Islas de los Bienaventurados en un autor arcaico es Alcmena, la madre de Heracles. La noticia nos la da Antonino Liberal, quien, a su vez, la recoge del logógrafo y genealogista mitológico Ferécides de Atenas (finales del siglo VI-

⁴⁵ El texto se puede leer ahora en español gracias a la traducción de F. J. Gómez Espelósín, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, ed. Gredos, Madrid, 1996, p. 218.

⁴⁶ Cf. la traducción de A. Bernabé, *op. cit.*, p. 136.

⁴⁷ Cf. la traducción de este fragmento en F. R. Adrados, *op. cit.*, p. 190.

⁴⁸ Para los aspectos religiosos relacionados con este tema, véase ahora F. Diez de Velasco, «El Jardín de las Hespérides: mito y símbolo», en su libro *Lenguajes de la Religión*, ed. Trotta, Madrid, 1998, pp. 75-129.

principios del v a.C.) En el capítulo 33 de las *Metamorfosis* de Antonino Liberal se nos cuenta la historia de la madre de Heracles, en la versión de Ferécides, según la cual, entre otras cosas, se nos dice que a la muerte de Alcmena, Zeus ordenó a Hermes que la rapte y la conduzca a las Islas de los Bienaventurados para ser entregada a Radamantis como esposa:

A la muerte de Euristeo, Hilo, los otros heraclidas y los que les acompañaban, se instalaron de nuevo en Tebas. En este tiempo murió Alcmena, debido a su anciana edad, y los Heraclidas le rindieron honras fúnebres. Habitaban éstos cerca de la «Puerta Electra» en el mismo sitio donde Heracles había vivido. Zeus envió a Hermes con la orden de raptar a Alcmena, conducirla a las Islas de los Bienaventurados y entregársela a Radamantis como esposa⁴⁹.

También en el poema funerario de Marcelo dedicado a Regila que tuvimos ocasión de citar más arriba se coloca en las Islas de los Bienaventurados, junto a la mujer de Herodes Ático, «la feliz y cadmea Alcmena» (v. 59). En cambio, residiendo en la *Llanura Elisia* la encontramos en un epigrama de la *Antología Palatina* (III, 13) en el que se nos cuenta que es el propio Heracles quien lleva a su madre Alcmena a la Llanura Elisia para que viva con Radamantis y él mismo sea contado entre los dioses. Una vez más, ambos conceptos escatológicos (Islas de los Bienaventurados y Llanura Elisia) coinciden para un mismo personaje.

2.7. El último texto del periodo arcaico seleccionado por nosotros que hace mención de unas Islas de los Bienaventurados procede de un descubrimiento papiráceo que los estudiosos han atribuido a Helánico de Lesbos, otro logógrafo, más o menos de la época de Ferécides, que formaría parte de una obra titulada *Atlántida*⁵⁰. Se trata de un aspecto muy interesante y casi inédito en la historia de este mito, pues las noticias anteriores a Platón en relación con este tema son prácticamente desconocidas y siempre se ha creído que la Atlántida nació con el filósofo ateniense. En todo caso, la única relación del texto de Helánico con el tema de la Atlántida que se nos ocurre, por el momento, es ese pasaje de un tal Marcelo, historiador de época imperial y autor de unas *Etiópicas*, quien, según testimonio de Proclo (412-485 d.C.), en su *Comentario al Timeo*, habló de unas islas en el Atlántico en los siguientes términos:

⁴⁹ La traducción es de M. A. Ozaeta, *op. cit.*, p. 280-281.

⁵⁰ Sobre Helánico de Lesbos cf. la monografía de J. Caerols, *Helánico de Lesbos*, Madrid, 1997.

Así, pues, que existió una isla así y de estas características lo ponen de manifiesto los historiadores que han hablado de las cosas del mar exterior. Pues había en sus tiempos siete islas en aquel piélagos, consagradas a Perséfone, y otras tres muy grandes, una consagrada a Plutón, otra a Ammón y otra, en medio de estas dos, a Poseidón, de unos mil estadios de extensión. Los que la habitaban guardaban el recuerdo de sus antepasados sobre la Atlántida como una isla verdaderamente inmensa, que realmente había existido allí, la cual, consagrada también ella misma a Poseidón, había gobernado durante muchos periodos de tiempo a todas las demás islas del mar Atlántico. Esto lo escribió Marcelo en sus *Etiópicas*⁵¹.

En el texto de Helánico citado se nos habla de la unión secreta de Zeus con Maya en una cueva, y del nacimiento de Hermes que se convierte en el heraldo de los dioses, para seguir luego (l. 4-6): «Poseidón se une con Celeno y de ellos nace Lico, a quien su padre lo establece en las Islas de los Bienaventurados y lo hace inmortal»⁵². El detalle más original respecto a los textos mencionados hasta ahora es que en este caso se trata, no ya de un héroe o heroína de los ciclos tebano o troyano, ni de un personaje histórico, quien reside en estas islas, sino todo un dios, hijo de dioses. De ahí la importancia de este pasaje, ya que con él se cierra el ciclo de los posibles habitantes de estas islas en la literatura arcaica: héroes, personajes históricos (caso de Harmodio) y dioses (caso de Lico). En otros textos griegos postclásicos es posible detectar la presencia de estas tres clases de seres como moradores de unas Islas de los Bienaventurados, de los que aquí vamos a mencionar un par de ellos.

2.8. Así, por ejemplo, en la *Alejandra* de Licofrón (siglos IV-III a.C.), en los versos 1204 y ss. se le vaticina a Héctor, otro héroe de la guerra troyana, por parte de Casandra, que vivirá en las Islas de los Bienaventurados como un gran héroe. En una de las paráfrasis de este poema se explica además que el causante de ello es Zeus, a quien Héctor haría bien dedicándole espléndidas ofrendas de toros. En relación con estos pasajes nos parece muy ilustrativo ofrecer también aquí el comentario que sobre el verso 1204 de Licofrón hace el filólogo bizantino del siglo XII Juan Tzetzes (1110-1185) en sus conocidos escolios al poeta helenístico de Calcis:

Licofrón dice que las Islas de los Bienaventurados están, no como dicen otros en el Océano, sino en Tebas. Los griegos, según un oráculo, trajeron los huesos

⁵¹ Para el texto griego cf. F. Jacoby, *FGH*, III, 671, p. 2.

⁵² Para el texto griego cf. *Oxy. Pap.*, 8 (1911), pp. 71-72.

de Héctor desde Troya y los colocaron en la llamada fuente Edipodia. En relación con el nacimiento de Zeus, unos no saben quién es Zeus; otros dicen que nació en Creta, otros que en Arcadia y Licofrón que en Tebas, donde está ese epigrama que dice: 'Estas son las Islas de los Bienaventurados, donde precisamente en este lugar Rea dio a luz a Zeus, el más ilustre rey de los dioses'⁵³.

Lo verdaderamente sorprendente de este texto son esos versos epigramáticos, cuya autoría, que nosotros sepamos, no ha podido ser detectada hasta el momento, en los que se nos dice ni más ni menos que el propio Zeus, todo un soberano de los demás dioses, nació también en las Islas de los Bienaventurados, que en este caso se identificarían con Tebas. Con ello tendríamos otro testimonio más para la documentación de personajes divinos como residentes de estas islas. Un último personaje interesante que queremos mencionar aquí como habitante de estas islas es Agamenón, el hermano de Menelao, en un texto de Artemidoro (siglo II d.C.), quien en un pasaje de su *Interpretación de los sueños* (V, 16) nos refiere el sueño de un armador y su posible explicación:

Un armador soñó que se encontraba en las Islas de los Bienaventurados y que era allí retenido por los Héroes. Después, vio que Agamenón venía y lo liberaba. Le aconteció que, habiendo sido designado para realizar un transporte público por cuenta del estado, fue obligado a ello por los prefectos del emperador. Luego, tras haber apelado al soberano, quedó libre de esta requisición⁵⁴.

Lo importante de este pasaje es observar cómo en el mundo griego antiguo se podía incluso hasta soñar con unas islas como las que estamos describiendo.

3. LAS ISLAS DE LOS BIENAVENTURADOS EN LA LITERATURA GRIEGA CLÁSICA

En el siguiente período de la literatura griega, que en líneas generales abarcaría los siglos V y IV a. C., nuestro concepto va a experimentar un brusco cambio en la esfera de su aplicación, además de proseguir con las tendencias señaladas en la etapa anterior.

⁵³ Para el texto griego cf. E. Scheer, *Lycophronis Alexandra*, vol. II, Berlín, 1958, p. 347.

⁵⁴ La traducción es de Elisa Ruiz García, en *Artemidoro. Interpretación de los sueños*, ed. Gredos, Madrid, 1989, p. 451.

3.1. El texto fundamental de este periodo, y el tercero en importancia, después de Hesiodo y la *Odisea*, para la escatología de las Islas de los Bienaventurados, es el conocido pasaje (versos 68-80) de la *Olimpica II* de Píndaro, escrita hacia el 476 a.C. para celebrar una victoria de Terón de Acragante, en Olimpia, con carro, en el que el poeta tebano canta lo siguiente:

Y cuantos tienen el valor de permanecer tres veces en una y otra parte y de apartar por completo de las iniquidades a su alma, concluyen el camino de Zeus que lleva a la torre de Crono; allí de los Bienaventurados a la isla oceánicas brisas envuelven. La flor de oro flamea: unas nacen en tierra firme de espléndidos árboles y el agua nutre a otras, con cuyos brazaletes se adornan y trenzan coronas con ellas, siguiendo las rectas decisiones de Radamantis, a quien el Padre poderoso tiene dispuesto como asesor suyo, el esposo de Rea, la que ocupa el trono más elevado de todos. Peleo y Cadmo entre ellos se cuentan y a Aquiles allí llevó, cuando de Zeus el corazón con súplicas persuadió, su madre⁵⁵.

La filología pindárica está de acuerdo en relacionar con estos versos aquellos otros transmitidos por Plutarco (*Consol. Apoll.* 35) y pertenecientes a uno de sus trenos de los que sólo conservamos algún fragmento, como el *Frag.* 129, en el que se dice:

Brilla para ellos el vigor del sol durante la noche de aquí abajo y entre prados de rosas purpúreas los alrededores de su ciudad rebosan (de bosques) de incienso sombríos y de árboles de áureo fruto. Unos se deleitan con caballos y ejercicios gimnásticos, otros con el juego de damas, otros con la forminge, y entre ellos toda dicha da hermosa flor. Un olor delicioso por aquel lugar está esparcido, pues no dejan de mezclar con el fuego, de lejos visible, perfumadas ofrendas de todas clases sobre los altares de los dioses...⁵⁶

Estos textos pindáricos presentan importantes innovaciones frente a los citados hasta ahora del periodo anterior⁵⁷. Las más llamativas son la introducción de un nuevo elemento escatológico, la reencarnación, deri-

⁵⁵ La traducción es de E. Suárez de la Torre, *Píndaro. Obra completa*, ed. Cátedra, Madrid, 1988, p. 68-69.

⁵⁶ La traducción es de E. Suárez de la Torre, *op. cit.*, p. 399.

⁵⁷ Para la exégesis del texto pindárico son recomendables los siguientes trabajos: R. Hampe, «Zur Eschatologie in Pindars zweiter Olympischer Ode», en *Hermeneia. Festschrift Otto Regenbogen*, Heidelberg, 1952, pp. 46-65; J. Bollack, «L'or des Rois. Le mythe de la deuxième olympique», *RPh*, 37 (1963), pp. 234-54; L. Woodbury, «Equinox at Acragas: Pindar, Ol. 2.61-62», *TAPhA*, 97 (1966), pp. 597-616; H. Lloyd-Jones, «Pindar and the After-Life», en *Pindare, Entretiens sur l'Antiquité classique*, XXXI, Ginebra, 1984, pp. 245-283.

vada, en última instancia, de ideas órfico-pitagóricas, muy arraigadas en la Sicilia del tirano Terón hacia el siglo V a.C.; el hecho de que por primera vez se trata no de Islas, sino de una sola isla, lo que ha llevado a algunos filólogos a querer sustituir *náson* del verso 71 por *násos* e interpretarlo como acusativo plural dórico, lo que, a nuestro entender, no sería necesario, pues el singular lo volveremos a encontrar en más de una ocasión en textos posteriores. Se ha pensado que nuestro poeta emplea aquí el singular como una consideración a la isla de Sicilia, patria del destinatario. Una tercera innovación sería el tono ético y moralizante del pasaje por el que se quiere caracterizar a las almas de los que a lo largo de tres generaciones se han abstenido del mal. Tampoco deja de ser sorprendente esa mención de la «torre de Crono», con la que tantas identificaciones se han pretendido hacer, sin que falte la de con el Teide tinerfeño. Y, por último, el paisaje en el que se desenvuelven los bienaventurados isleños aparece más ricamente adornado que en ocasiones anteriores: abundancia de árboles y flores, flamear de rayos de oro, adornos de brazos y cabezas con guirnaldas, etc. No sin razón se ha dicho que el elemento dominante en esta descripción es la luz: el fulgor del sol, áureos frutos, el fuego visible de lejos, etc. Pero al lado de estas innovaciones de nuestro tema, hay también destacados paralelos con respecto a los textos de Hesiodo y *Odisea*, como son las brisas del Océano que refrescan a sus habitantes, la presencia de Radamantis como asesor de Cronos, emitiendo rectas decisiones sobre las almas que han de ser juzgadas, así como el hecho de que entre los moradores de esta isla se encuentren también héroes como Aquiles, Peleo y Cadmo. Peleo es el padre de Aquiles, del que ya hemos mencionado varias referencias que lo sitúan tanto en las Islas de los Bienaventurados como en el Elisio. Cadmo es el mítico fundador de Tebas y pertenece, por consiguiente, al ciclo tebano, al igual que Alemana. Tanto él como Peleo tienen como esposa a diosas, Harmonía y Tetis, respectivamente. En la literatura griega posterior Cadmo y Harmonía aparecen juntos en la tierra de los Bienaventurados y en los Campos Elisios. Así, Eurípides en sus *Bacantes*, 1330-1339 (de hacia el 405 a.C.), pone en boca de Dioniso la profecía de que a Cadmo y a Harmonía los salvará Ares y transportará su vida a la «Tierra de los Bienaventurados». Como habitantes del Elisio los cita Apolodoro, con lo cual tenemos aquí otro ejemplo más de la identificación de los conceptos de Islas de los Bienaventurados y Campos Elisios: «Más tarde Zeus transformó a Cadmo y Harmonía en serpientes y los envió a los Campos Elisios» (*Bibl.* III, 5,4).

3.2. Con Píndaro asistimos, por otra parte, al primer paso de una generalización de las Islas de los Bienaventurados como residencia en vida o después de la muerte. A partir de él ya no sólo serán héroes ilustres sus moradores, sino también las almas de todos aquellos que hayan sido justos y piadosos. Se ha creído que en esta *Olímpica* Píndaro se hace eco de las ideas religiosas de su destinatario o puede que refleje su propio pensamiento sobre el asunto. Sicilia era rica en cultos dedicados a los dioses de ultratumba. Acragante, la ciudad de Terón, era «sede de Perséfone». Por consiguiente, Píndaro, que estuvo varias veces en esta isla, pudo conocer muy bien las doctrinas órficas y pitagóricas en un terreno muy abonado para estos movimientos religiosos⁵⁸. Se han señalado, especialmente, dos tipos de fuentes que muestran evidentes paralelismos con las ideas escatológicas de la *Olímpica II*. Una sería su contemporáneo Empédocles (492-432 a.C.), natural también de Acragante, del que merece citarse el *Frag. 115* de sus *Purificaciones*. Si se compara este fragmento con la *Olímpica II* podrían extraerse unos cuantos temas concordantes que pudieran conducir a la conclusión de que las escatologías de ambos pudieran derivar de una misma fuente: la cuestión de los juramentos, el número tres usado para el deambular del alma, la presencia del término *mákar* para designar la región donde residen las almas, el tipo de existencia y el tema agrícola empleado para describir las condiciones vitales en el más allá. La otra fuente señalada la constituyen esas laminillas o tablillas de oro encontradas en sepulturas del sur de Italia y Sicilia que contienen versos grabados en los que se expone una escatología muy análoga a la descrita por Píndaro y Empédocles, aunque también con otros elementos que no aparecen en estos autores. Su datación coincide con el periodo de ambos, o sea, mitad del siglo V a.C. Aquí presentamos dos ejemplos: la A-1 y la B-1. En la primera, el alma del muerto habla a una divinidad de ultratumba para decirle que ya se ha purificado y se vanagloria de pertenecer a la feliz estirpe de las divinidades de la tierra. En la segunda se insiste más en la descripción del lugar donde el alma va a residir (se habla de fuentes, cipreses, guardianes, agua del recuerdo y del olvido, etc.)⁵⁹. La idea común a estas lamini-

⁵⁸ Para la relación de los temas del Elisio/Islands de los Bienaventurados con ideas órfico-pitagóricas véase ahora U. Molyviati-Toptsis, «Vergil's Elysium and the orphic-pythagorean Ideas of After-Life», *Mnemosyne*, XLVII (1994), pp. 33-46.

⁵⁹ Para toda esta comparación del texto de Píndaro con Empédocles y las tablillas de oro cf. la obra de G. Alford citada en nota 33, así como para los textos griegos de las laminillas citadas, p. 65 y 67. Sobre las laminillas de oro cf. reciente-

llas es que el alma abandona el cuerpo y alcanza una inmortalidad divina. En la base de todo ello habría que ver ciertas ideas órfico-pitagóricas que se popularizan por esta época⁶⁰. En este contexto no estaría de más señalar que el llamado «catecismo pitagórico» tenía entre sus preguntas aquella que decía: «¿Qué son las Islas de los Bienaventurados? El sol y la luna» (Jámblico, *Vida Pitagórica*, 82). Pero quien mejor desarrollará posteriormente las ideas expresadas por Píndaro va a ser Platón, el autor que hace el uso más frecuente del tema de las Islas de los Bienaventurados en el periodo clásico.

3.3. Pero antes es preciso citar otros textos anteriores que también recogen nuestro tema. De ellos el más importante es, sin duda, el de Heródoto (490-425 a.C.), *Historia III*, 26, por ser el primero en la historia de estas islas que alude a un lugar geográfico realmente existente:

Entre tanto, las tropas que habían sido enviadas para atacar a los amonios, después de haber partido de Tebas, poniéndose en camino con unos guías, llegaron, sin ningún género de dudas, a la ciudad de Oasis, ciudad que ocupan unos samios que, según cuentan, pertenecen a la tribu Escrionia y que distan de Tebas siete jornadas de camino a través de una zona desértica (por cierto que ese lugar se denomina en lengua griega Isla de los Bienaventurados)⁶¹.

Este pasaje herodoteo lo consideramos de gran transcendencia porque es el único que antes del siglo I a.C. emplea el concepto de Islas de los Bienaventurados no como paraje mítico-religioso, sino como denominación de un espacio geográfico real, en este caso la ciudad egipcia de Oasis ocupada por unos samios. Parece ser que en este texto se alude al oasis de *Kharga*, que en lengua egipcia se diría *Iu-hesyu*, que en griego sería *makárôn nêsos*. El gramático Herodiano (Lentz, I, 102) se hace eco de este texto y nos dice que hay una ciudad egipcia llamada Auasis, que también llaman Oasis e Híasis, situada en una tierra desierta y sin árboles, a la que Heródoto y Duris llamaron «Isla de los Bienaventurados». El texto de He-

mente el artículo de María Henar Velasco López, «Le vin, la mort et les Bienheureux», en *Kernos*, 5 (1992), pp. 209-220.

⁶⁰ Para todo lo relacionado con el tema del alma y los movimientos órfico-pitagóricos cf. E. Rohde, *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Barcelona, 1973 y W. K. C. Guthrie, *Orfeo y la religión griega*, Buenos Aires, 1970.

⁶¹ La traducción es de C. Schrader, *Heródoto. Historia. Libros III-IV*, ed. Gredos, Madrid, 1979, p. 65-67.

ródoto lo explica también el filólogo bizantino Eustacio (s. XII) en su comentario de la *Od.* IV, 561-9 y añade que un tal Apión llamaba a las ciudades egipcias Cánobos y Cefirio *Campos Elísios*⁶². Otras islas reales que podrían haber sido llamadas de igual forma serían Lesbos (según Diodoro Sículo, V, 82), Creta, llamada *Macaron* por la suavidad de su clima (según Plinio, *HN*, IV, 58) y Rodas (según Plinio, V, 139). En este contexto habría que situar la noticia recogida en léxicos antiguos, como el de Hesiquio o la *Suda*, según la cual se llamó Islas de los Bienaventurados a la acrópolis de la beocia Tebas. Este dato se nos dice que proviene de Parménides, pero, según los editores de este autor (D-K), el fragmento se considera espurio. Más bien, habría que relacionar esta información con el comentario de Tzetzes al verso 1204 de Licofrón que citamos más arriba.

3.4. Otros textos del periodo clásico, aparte de Platón, que mencionan nuestro tema son:

a) Aristófanes, *Avispas*, 639-40:

CORO.- ¡Cómo lo ha examinado todo sin omitir nada! Yo, por cierto, al escucharle, me sentía crecer y me figuraba estar administrando justicia en las islas de los bienaventurados. Tal era el encanto que me producían sus palabras!

Este pasaje recuerda mucho a otro del *Menéxeno*, 235bc, de Platón, en el que también se toca el tópico de que un hábil orador podía producir tal embeleso en sus oyentes que éstos pensaban encontrarse en las Islas de los Bienaventurados:

El tono aflautado de la palabra y la voz del orador penetran en mis oídos con tal resonancia que a duras penas al tercer o cuarto día vuelvo en mí y me doy cuenta del lugar de la tierra donde estoy, hasta entonces poco falta para creerme que habito en las islas de los bienaventurados, hasta tal punto son diestros nuestros oradores⁶³.

b) Eurípides, *Helena* 1676-79, en el contexto de una profecía de los Dióscuros (hermanos de Helena), a Menelao y donde se habla de una isla y no de «islas»:

⁶² Para el texto griego de Eustacio cf. *Eustathii Commentarii ad Homeri Odyssean*, ed. Olms, Hildesheim, 1960, vol. I, p. 182.

⁶³ La traducción es de E. Acosta, *Platón. Diálogos, II*, ed. Gredos, Madrid, 1983, p. 165-66.

En cuanto al errabundo Menelao, los dioses han decidido que habitará también la isla de los bienaventurados. Porque no es cierto que los inmortales odien a los varones de noble estirpe, pero sí que éstos tienen que soportar más fatigas que los que no cuentan para nada⁶⁴.

c) Aristóteles, *Política* 1334a:

Por tanto, los que parecen más prósperos y disfrutan de todas las venturas necesitan mucha justicia y mucha templanza, por ejemplo, los habitantes (si, como afirman los poetas, los hay) de las Islas de los Bienaventurados. Estos tendrán más necesidad de filosofía, de templanza y de justicia en la medida en que disfrutan de más ocio y tienen mayor abundancia de los bienes de esa clase. Es evidente, por tanto, que la ciudad que se proponga ser feliz y cabal tiene que participar de esas virtudes⁶⁵.

También, Aristóteles, *Epitafios*, 3:

Feliz tú, Menelao, inmortal y sin vejez, en las Islas de los Bienaventurados, tú, yerno del gran Zeus (*Aristotelis Fragmenta*, ed. Rose, 640).

Obsérvese que este epitafio, que no es más que una paráfrasis del pasaje de la *Odisea*, emplea ahora el concepto de Islas de los Bienaventurados cuando en Homero se decía Llanura Elisia. Una prueba más de la identidad de ambos conceptos.

d) Demóstenes, *Epitafio*, 33-34:

En segundo término, libres de los sufrimientos corporales de las enfermedades e inmunes a las pruebas de las penas del alma que sufren los vivos por los sucesos acaecidos, reciben ahora los honores tradicionales en medio de una gran estimación y emulación profunda, porque a quienes entierra en funerales oficiales la patria entera y quienes sólo ellos reciben elogios públicos y a quienes echan de menos no sólo sus parientes y conciudadanos, sino todo el territorio que hay que llamar Grecia, y aquellos a cuyo duelo se ha asociado la mayor parte del universo, a éstos ¿cómo no va a ser preciso considerarlos bienaventurados? De ellos podía afirmarse con verosimilitud que están sentados cabe los dioses subterráneos y que ocupan el mismo rango, en las islas de los bienaventurados, que los bravos varones que les ha precedido;

⁶⁴ La traducción es de L. Alberto de Cuenca, *Eurípides: Tragedias, III*, ed. Gredos, Madrid, 1979, p. 76.

⁶⁵ La traducción es de Julián Marías, *Aristóteles. Política*, Clásicos Políticos, Madrid, 1970, p. 141.

nadie vio, en efecto, ni nos ha referido esas noticias con relación a ellos, pero a quienes los vivos hemos juzgado digno de los honores de este mundo de arriba, a éstos, presagiándolo en virtud de su gloria, nosotros consideramos que también allí obtienen los mismos honores⁶⁶.

En relación con Demóstenes puede traerse aquí a colación aquel otro pasaje de Luciano, *Encomio de Demóstenes*, 50, en el que Antípatro manifiesta que Demóstenes está en las Islas de los Bienaventurados, disfrutando de una vida propia de semidios, o se ha ido al cielo por donde se supone que van las almas:

Esto es muy propio de Demóstenes, Arquías ¡Qué espíritu invencible y feliz! ¡Qué fuerza de voluntad tenía! ¡Qué previsión política, tener siempre en sus manos la garantía de la libertad! Pero Demóstenes se ha marchado a disfrutar su vida en las islas de los bienaventurados, que se considera propia de semidioses, o se ha ido al cielo por los caminos que se supone toman las almas; allí será una divinidad servidora de Zeus, el dios de la libertad. Su cuerpo lo mandaremos a Atenas, como nobilísima ofrenda, a la tierra de los caídos de Maratón⁶⁷.

- e) En la vida del filósofo cínico Diógenes de Sínope (400-325 a.C.), que nos transmite Diógenes Laercio (s. III d.C) en sus *Vidas de los filósofos*, VI, 14, se pone en boca del filósofo unas palabras muy propias de su doctrina con mención también de nuestro tema:

Diciéndole los atenienses que se iniciase, porque los iniciados presiden en el Hades, respondió: «Cosa ridícula sería que Agesilao y Epaminondas vivan en el lodo, y que los que son viles, sólo por estar iniciados hayan de residir en las islas de los bienaventurados⁶⁸.

- f) Aunque propiamente no pertenece al periodo clásico de la literatura griega, sino más bien al helenístico, recogemos también aquí un fragmento, que nos transmite Ateneo, VII, 296e, del trágico del siglo III a.C., Alejandro Étolo, quien en una obra suya titulada *El pescador*, hablando sobre Glauco, dice que fue sepultado en el mar:

⁶⁶ La traducción es de A. López Eire, *Demóstenes. Discursos políticos III*, ed. Gredos, Madrid, 1985, pp. 303-304.

⁶⁷ La traducción es de Juan Zaragoza, *Luciano. Obras, III*, ed. Gredos, Madrid, 1990, p. 366.

⁶⁸ La traducción es de J. Sanz Ortiz, en *Diógenes Laercio. Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo I, Barcelona, 1985, p. 332.

Después de haber comido una planta que para el brillante Helios la tierra, sin cultivar, cría en primavera en las Islas de los Bienaventurados. Helios ofrece a sus corceles como cena esta eterna planta placentera para que, infatigables, puedan llevar a término su carrera, y no se apodere de ninguno de ellos el agotamiento en medio de su jornada⁶⁹.

Este texto habría que estudiarlo comparándolo con aquel otro de Mimnermo, *Irag. 12 West* = 10 Adrados, también transmitido por Ateneo, 469f-470b, en el que se habla del esfuerzo de Helios y sus caballos, que sin descanso van de un lado a otro del mundo, desde el país de las Hespérides a la región de los Eítopes. Lo más llamativo del texto de Alejandro Etolo es esa agradable planta usada como estimulante, que aquí nos dice que se cría en las Islas de los Bienaventurados.

3.5. De los textos de Platón que mencionan las Islas de los Bienaventurados ya hemos comentado los correspondientes al *Banquete* y *Menéxeno*. Otros dos aparecen en su *República*, en el contexto de sus disquisiciones sobre la ciudad ideal⁷⁰:

Rep. 519 b-c: ¿Y no es también probable, e incluso necesario a partir de lo ya dicho, que ni los hombres sin educación ni experiencia de la verdad puedan gobernar adecuadamente alguna vez el Estado, ni tampoco aquellos a los que se permita pasar todo su tiempo en el estudio, los primeros por no tener a la vista en la vida la única meta a que es necesario apuntar al hacer cuanto se hace privada o públicamente, los segundos por no querer actuar, considerándose como si ya en vida estuviera residiendo en las Islas de los Bienaventurados?

Rep. 540 a-c: Y así, después de haber educado siempre a otros semejantes para dejarlos en su lugar como guardianes del Estado, se marcharán a las Islas de los Bienaventurados, para habitar en ellas. El Estado les instituirá monumentos y sacrificios públicos como a divinidades, si la Pitia lo aprueba. Si no, como a hombres bienaventurados y divinos⁷¹.

⁶⁹ La traducción es nuestra. Ahora puede consultarse la versión de J. A. Martín García, *Poesía helenística menor (Poesía fragmentaria)*, ed. Gredos, Madrid, 1994, p. 41.

⁷⁰ Para la relación del mito de las Islas de los Bienaventurados y el de la ciudad ideal véase ahora S. Benassi, «Designazione di un topos: dal mito delle Isole dei Beati al mito della città ideale», en L. R. Secchi Tarugi (ed.), *Il mito nel Rinascimento*, Milán, 1993, pp. 67-99.

⁷¹ La traducción es de C. Eggers Lan, *Platón. Diálogos IV. República*, ed. Gredos Madrid, 1986, p. 345 y 376.

Pero el texto platónico clave para la historia de nuestro tema se encuentra en el *Gorgias*, donde al final del mismo se nos expone uno de los mitos escatológicos más bellos de Platón. El asunto se pone en boca de Sócrates, quien desde el inicio nos advierte que otros podrían interpretarlo como mito, pero él lo cree como relato verdadero. Por este comienzo se ha pensado que Platón aquí no está haciendo uso de un material «tradicional», sino que la descripción que hace en esta obra de las Islas de los Bienaventurados representa sus propias ideas y posiblemente la de otros muchos atenienses de su época. Lo que en la segunda *Olimpica* pindárica había sido sólo un esbozo sobre el destino de las almas y sus sucesivas reencarnaciones, ahora se nos describe y desarrolla con todo lujo de detalles, ilustrando lo que en sus tiempos era ya una creencia popular. Los textos claves de este mito son los dos siguientes:

Gorgias 523a-524a: Soc.- Escucha, pues, como dicen, un precioso relato que tú, según opino, considerarás un mito, pero que yo creo un relato verdadero, pues lo que voy a contarte lo digo convencido de que es verdad. Como dice Homero, Zeus, Posidón y Plutón se repartieron el gobierno cuando lo recibieron de su padre. Existía en tiempos de Crono y aún ahora continúa entre los dioses, una ley acerca de los hombres según la cual el que ha pasado la vida justa y piadosamente debe ir, después de muerto, a las Islas de los Bienaventurados y residir allí en la mayor felicidad, libre de todo mal; pero el que ha sido injusto e impío debe ir a la cárcel de la expiación y del castigo, que llaman Tártaro. En tiempos de Crono y aún más recientemente, ya en el reinado de Zeus, los jueces estaban vivos y juzgaban a los hombres vivos en el día en que iban a morir; por tanto, los juicios eran defectuosos. En consecuencia, Plutón y los guardianes de las Islas de los Bienaventurados se presentaron a Zeus y le dijeron que, con frecuencia, iban a uno y otro lugar hombres que no lo merecían...

Yo ya había advertido esto antes que vosotros y nombré jueces a hijos míos, dos de Asia, Minos y Radamantis, y uno de Europa: Éaco. Éstos, después de que los hombres hayan muerto, celebrarán los juicios en la pradera en la encrucijada de la que parten los dos caminos que conducen el uno a las Islas de los Bienaventurados y el otro al Tártaro. A los de Asia les juzgará Radamantis, a los de Europa, Éaco; a Minos le daré la misión de pronunciar la sentencia definitiva cuando los otros dos tengan duda, a fin de que sea lo más justo posible el juicio sobre el camino que han de seguir los hombres.

Gorgias 526c: Alguna vez, al ver un alma que ha vivido piadosamente y sin salirse de la verdad, alma de un particular o de otro cualquiera, pero, especialmente, estoy seguro de ello, Calicles, de un filósofo que se ha dedicado a su ocupación, sin inmiscuirse en negocios ajenos mientras vivió, se admira y la envía a las Islas de los Bienaventurados. Esto mismo hace también Éaco; cada

uno de ellos juzga teniendo en la mano una vara; Minos está sentado observando⁷².

Un texto complementario de los dos anteriores se encuentra en el diálogo apócrifo *Axióco*, donde, aunque no se cita las Islas de los Bienaventurados, se habla de una «llanura de la verdad» y de un «recinto de los piadosos», que recuerda mucho a nuestro tema. Por lo demás, el texto del *Axióco* es muy parecido al del *Gorgias* en su contenido, pero insiste más en el paisaje y condiciones naturales del Más Allá. Lo que interesa en este sentido es el siguiente pasaje:

Axióco 371b: El propileo del camino hacia Plutón está asegurado con cerrojos y llaves de hierro. Cuando se abre, se encuentra el río Aqueronte, y tras él el Cocito, los cuales hay que cruzar para ser llevados ante Minos y Radamantis, en el lugar llamado «llanura de la verdad». Allí están sentados unos jueces que a cada uno de los que llegan piden cuentas acerca de qué vida han llevado y de cuáles han sido sus hábitos mientras habitaban en un cuerpo. Mentir es imposible. Aquellos que durante la vida fueron inspirados por un buen espíritu van a habitar al recinto de los piadosos, donde cosechas generosas hacen crecer en abundancia toda clase de frutos, donde fluyen fuentes de aguas puras, donde variados prados ofrecen un aspecto de primavera por sus flores multicolores, donde hay conversaciones para los filósofos, teatros para los poetas, coros de danza, donde se oye música, donde se celebran banquetes bien cuidados, festines ofrecidos espontáneamente, como las contribuciones de coregos: una total ausencia de aflicción y una dulce existencia. No hay ni crudo invierno ni caluroso verano, sino que sopla un aire bien suave, atemperado por los dulces rayos del sol. Allí tienen un lugar preferente los iniciados y cumplen también allí las ceremonias sagradas⁷³.

Platón, como se sabe, es autor de otros mitos escatológicos en sus diálogos *Fedón*, *Menón* y *República*, en los que se exponen doctrinas sobre la vida en el Más Allá y el juicio de las almas después de la muerte⁷⁴. Pero los pasajes anteriores seleccionados son los que más se aproximan a las ideas de Píndaro y Empédocles, oriundas posiblemente de la isla de Sicilia, lugar que también visitó nuestro filósofo, en varias ocasiones. Quisiera añadir,

⁷² La traducción es de J. Calonge, *Platón. Diálogos, vol. II*, ed. Gredos, Madrid, 1994, pp. 139-141, y 143-144, respectivamente.

⁷³ La traducción es de Pilar Gómez Cardó, *Platón. Diálogos, vol. VII*, ed. Gredos, Madrid, 1992, pp. 422-23.

⁷⁴ Para éste y otros mitos de Platón, remitimos a nuestra obra *Los mitos de Platón*, Gobierno de Canarias, 1997, realizada en colaboración con L. M. Pino y G. Santana.

por último, en relación con Platón, que para una interpretación antigua del mito del *Gorgias* sería muy interesante acudir al comentario a este diálogo debido al filósofo neoplatónico, de la segunda mitad del siglo VI, Olimpiodoro de Alejandría, a quien debemos interesantes observaciones sobre el tema que nos ocupa⁷⁵.

3.6. Como prueba de que los conceptos escatológicos de Islas de los Bienaventurados y Campos Elisios son un reflejo de creencias populares y no meros conceptos literarios, podemos aducir aquí el testimonio de las inscripciones funerarias. Estas inscripciones citan nuestro tema, al menos, a partir del siglo III a. C. Con ello se demuestra que después de Platón asistimos a una «democratización», por así decir, por la que cualquier persona, una vez muerta, puede acceder a estos lugares. Son tan numerosas las inscripciones en donde se desea al muerto una estancia en las Islas de los Bienaventurados/Campos Elisios, que merecerían un estudio aparte que aquí no podemos ofrecer. De todas estas inscripciones hemos seleccionado sólo unas cuantas:

- a) El texto correspondiente a un papiro literario editado por Page (*Literary Papyri*, vol. III, 106) es un epigrama anónimo del siglo III a.C. a la muerte de un tal Filico, en el que se le invita a ir a ver los lugares de los piadosos y las Islas de los Bienaventurados.
- b) El texto siguiente, aunque es tardío (del siglo II d.C.), es muy ilustrativo, ya que identifica los dos conceptos y hace también una interesante descripción del paisaje del Más Allá. Son ocho hexámetros dactílicos que se encontraron en una losa de mármol en Roma y dicen:

No has muerto, Prote: te has ido a un lugar mejor. Ahora habitas las islas de los bienaventurados en medio de una gran felicidad y saltas alegre por los Campos Elisios entre delicadas flores, ajena a todos los males. Porque no padeces los rigores del invierno, ni te abrasa el calor del sol. No te afligen las enfermedades ni te agobian el hambre y la sed; no echas ya de menos la vida de los hombres. Vives sin tacha entre los inmaculados rayos del sol, sin duda cerca del Olimpo⁷⁶.

⁷⁵ Para una exégesis de los textos platónicos en relación con nuestro tema cf. María Helena Monteiro da Rocha, *Concepções helénicas de felicidade no além. De Homero a Platão*, Coimbra, 1965.

⁷⁶ La traducción es de María Luisa del Barrio, *Epigramas funerarios griegos*, ed. Gredos, Madrid, 1992, p. 333.

- c) Finalmente, el texto de la *Antología Palatina*, VII, 690 es un epigrama funerario anónimo dedicado a Piteas, el conocido masaliota, descubridor del Atlántico norte, a quien le debemos uno de los periplos más famosos de la Antigüedad y la primera mención de una isla Tule como límite septentrional del mundo conocido de entonces:

Ni siquiera muerto has perdido sobre toda la tierra tu gloriosa fama, sino que aún permanece todo el esplendor de tu espíritu, cuanto alcanzaste y aprendiste, oh, tú, el mejor por naturaleza en inteligencia. Por eso también fuéste a la Isla de los Bienaventurados, Piteas.

4. OTROS TEXTOS IMPORTANTES EN RELACIÓN CON NUESTRO TEMA

Hasta aquí hemos recogido, creemos que todos, los pasajes de la literatura griega arcaica y clásica que mencionan Islas de los Bienaventurados en un contexto mítico o religioso. Hemos añadido incluso algunos otros de fecha más tardía. En casi todos ellos no se hacen referencias a lugares geográficos reales. Las excepciones son el texto de Heródoto, la cita de la *Suda* y las islas de Creta, Lesbos y Rodas. En el último tramo de nuestra exposición quisiera añadir un par de observaciones que nos parecen de cierta transcendencia para la historia que venimos realizando.

4.1. La primera versión al latín del sintagma griego tiene lugar en una obra de Plauto (250-184 a.C.), *Las tres monedas*, 549, en un pasaje con toda la atmósfera escatológica que hemos visto en los textos griegos:

Pero a este campo de que te oigo hablar se debería, por acuerdo público, llevar a todos los malos. Así como hay islas que llaman de los afortunados, en donde los que han vivido honestamente deberán reunirse, en este campo, al contrario, habría que echar a los malhechores justamente, siendo tal como tú dices.

De la expresión plautina *fortunatorum insulae* procede luego el sintagma *Fortunatae insulae*, que será posteriormente muy utilizado para hacer referencias también a islas geográficas realmente existentes, pero de difícil identificación a veces.

En otro lugar⁷⁷ hemos expresado que la versión de Plauto no fue verdaderamente «afortunada», ya que el concepto griego de *mákar*⁷⁸ se reflejaría mejor en latín con el adjetivo *beatus*⁷⁹. Precisamente Cicerón (106-43 a.C.), de quien nos consta que sí sabía griego, traduce, al menos un par de veces, el sintagma griego por *beatorum insulae*, lo que, sin duda hubiera despojado a nuestras islas de muchas de las legendarias connotaciones posteriores. En efecto, en un primer pasaje Cicerón emplea en griego la expresión *Makárōn nêsoi*, en una carta a su amigo Ático, fechada en mayo o junio del 46 a.C., (XII, 3), en la que le expresa a su amigo que ni su finca tusculana, en la que tan a gusto vive, ni las mismas Islas de los Bienaventurados, tienen para él más importancia que estar sin la presencia del amigo jornadas enteras⁸⁰. Más o menos por la misma fecha escribe Cicerón su tratado filosófico acerca del «bien supremo», *De finibus bonorum et malorum*, y en su libro 5.º, cap. 53, emplea el sintagma latino *beatorum insulis* para hablar de la estancia de los antiguos sabios en estas supuestas islas. El mismo sintagma lo vuelve a emplear en su *Hortensius*, obra perdida, que tanto conmocionó a San Agustín, quien precisamente nos ha transmitido un pasaje en *De Trinitate*, IX, 12, en el que el escritor latino se preguntaba que, si al emigrar de esta vida, se nos permite vivir inmortales en las Islas de los Bienaventurados, según cuentan los mitos, ¿para qué necesitamos la elocuencia, no existiendo allí juicios?

4.2. No sabemos con exactitud cuándo se descubren realmente los Archipiélagos Atlánticos meridionales de las Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde. Las teorías propuestas hasta la fecha oscilan entre una fecha muy temprana como el segundo milenio a.C., por parte de los fenicios, y otras más tardías en torno al siglo V a.C.⁸¹. Pero lo que sí se puede com-

⁷⁷ Cf. mi libro citado en la nota 15, p. 57.

⁷⁸ Para la semántica de *mákar* en griego cf. la monografía de C. de Heer, *Mákar-eudaimon-olbios-eutuchés. A Study of the semantic Field denoting Happiness in Ancient Greek to the End of the 4th Century B.C.*, Amsterdam, 1969.

⁷⁹ Para la diferencia entre *beatus* y *fortunatus* en latín y su relación con la felicidad cf. A. García Herrera, «Beatitudo y felicitas en Boecio (Cons. 2)», en *Habis*, 23 (1992), pp. 283-286.

⁸⁰ Para la traducción ahora de esta carta cf. *Cicerón. Cartas*, II, *Cartas a Ático* (162-426), ed. Gredos, Madrid, 1996, traducción de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, p. 174.

⁸¹ Para la cuestión del descubrimiento de las Islas Canarias cf. ahora la voz «Descubrimiento», en la *Gran Enciclopedia Canaria*, vol. V, Ediciones Canarias, 1997, pp. 1273-1275, en la que hemos colaborado.

probar por los textos es que las primeras referencias a unas islas reales denominadas de los Bienaventurados no tienen lugar en la literatura grecolatina antes del siglo I a.C.⁸². Tenemos noticias anteriores sobre islas atlánticas reales que nos llevan a pensar que hacia el s. V a.C. algunas islas del Atlántico sur eran ya muy conocidas por marinos fenicios y, posteriormente, cartagineses, así como por pescadores procedentes de Cádiz, según podemos deducir por algunos textos del Pseudo-Aristóteles. Pero nunca se mencionan estas islas con la expresión griega que estamos comentando. El primero en usar nuestro sintagma para aludir a unas islas del Egeo es, como dijimos más arriba, Diodoro Sículo, *Biblioteca*, V, 82. Después del él será Estrabón, *Geografía*, I, 1,15 y III, 2,13 quien hable de Islas de los Bienaventurados situadas enfrente de la costa mauritana⁸³. En latín el primero en referirse a unas islas geográficas con el nombre de *Fortunatae Insulae* es Pomponio Mela, aunque se piensa que ya Salustio pudo haberlas empleado antes, como podría entenderse por algunos fragmentos de sus *Historias*⁸⁴. Como ejemplo de transferencia de una nomenclatura mítica a unas islas geográficas verdaderamente existentes, aunque sin poder identificarse a ciencia cierta, queremos ofrecer aquí un último texto, muy conocido, de la *Vida de Sertorio*, de Plutarco (46-120 d.C.). El texto alude a un episodio del distinguido soldado romano hacia el año 80 a.C. (*Sertorio*, 8-9):

Cuando el viento amainó, fue llevado a un grupo de islas dispersas, desprovistas de agua, donde pasó la noche. Después, haciéndose de nuevo a la mar, atravesó el estrecho de Gades y alcanzó la costa exterior de Iberia a su derecha, un poco más al norte de la desembocadura del Betis, que vierte sus aguas en el océano Atlántico y que ha dado su nombre a la región de Iberia que atraviesa.

Allí se encontró con unos mancebos que volvían recientemente de las islas atlánticas: éstas son dos, separadas por un brazo de mar muy estrecho; están situadas a diez mil estadios de Libia y son llamadas Islas de los Bienaventura-

⁸² Cf. P. T. Keyser, «From Myth to Map: The Blessed Isles in the first Century B.C.», en *The Ancient World*, 24 (1993), pp. 149-168.

⁸³ Cf. G. Amiotti, «Le Isole Fortunate: mito, utopia, realtà geografica», en *CISA*, 14 (1988), pp. 166-177. En la idea de considerar nuestro mito como tema utópico, aunque también religioso, en el imaginario griego, insiste ahora J. O. López Saco, «La muerte y la utopía de las Islas de los Bienaventurados en el imaginario griego», en *Fortunatae*, 6 (1994), pp. 43-69.

⁸⁴ Cf. Ph. O. Spann, «Salust, Plutarch, and the 'Isles of the Blest'», en *Terrae Incognitae*, IX (1977), pp. 75-80.

dos. Las lluvias son moderadas y poco frecuentes pero estas islas gozan la mayor parte del año de unos vientos dulces y provistos de rocío, lo que hace que estas tierras no sólo sean fértiles y ricas para el arado y las plantaciones, sino que también produzcan un fruto natural que, por su abundancia y su dulzura, basta para alimentar sin dificultad y esfuerzo a una población ociosa. El aire que sopla en estas islas es saludable, debido a las imperceptibles diferencias de temperatura que se producen al cambiar las estaciones. Porque los vientos del norte y del este que soplan de nuestro continente, como tienen que atravesar un espacio vastísimo a causa de esa misma distancia, se difuminan y pierden su fuerza antes de llegar a las islas; mientras que los vientos del sur y del oeste, que envuelven sus costas, a veces traen de la mar lluvias suaves e intermitentes, y, con mayor frecuencia, la brisa humectante que refresca la tierra y la alimenta dulcemente. Por esta razón existe la firme creencia incluso entre los bárbaros de que en aquel lugar se encuentran los Campos Elíseos y la morada de los Bienaventurados.

Cuando Sertorio oyó esta descripción, se apoderó de él un vivísimo deseo de habitar aquellas islas y que su vida discurriera con sosiego, libre de la tiranía y de las guerras sin fin⁸⁵.

Aplicado a la descripción de islas reales, aquí se enumeran muchos de los rasgos de las descripciones míticas de las Islas de los Bienaventurados/Campos Elisios de Hesiodo y Homero: clima, fertilidad de la tierra, aire sano, ausencia de trabajo, existencia idílica, etc. En estas líneas se encuentran también las dos expresiones míticas, lo que es una prueba más de su identificación. Un aspecto que no debe pasarse por alto es la localización de estas islas distantes de Libia (Africa) unos diez mil estadios⁸⁶.

5. CONCLUSIONES

Como resultado de lo que hemos venido exponiendo hasta este momento en nuestra antología de textos, podríamos extraer una serie de conclusiones que podemos considerar más o menos definitivas en relación con la temática de las Islas de los Bienaventurados en la literatura griega arcaica y clásica:

⁸⁵ La traducción es de M.^a A. Ozaeta, *Plutarco, Vidas paralelas. Sertorio-Eumenes*, ed. Alianza, Madrid, 1998, p. 227-228.

⁸⁶ Para la exégesis de este texto cf. ahora José Delgado Delgado, «De Posidonio a Floro: las *Insulae Fortunatae* de Sertorio», en *Revista de Historia Canaria*, 177 (1993), pp. 61-74.

1. El concepto de «Islas de los Bienaventurados», en la literatura occidental, nace en Hesiodo hacia el 700 a.C. y se identifica desde el primer momento con el de «Llanura Elisía», mencionado en la *Odisea*, obra contemporánea del poeta beocio. El hecho de que se emplee en griego más el de Islas de los Bienaventurados que el de Llanura Elisía puede deberse a razones métricas.
2. Aunque la mayoría de los textos analizados en este trabajo mencionan unas islas en plural, en varios de ellos (Píndaro, Heródoto, Eurípides) se trata de una sola isla, sin que el singular o plural sea determinante para su caracterización mitológica.
3. Similar a los conceptos anteriores son también otras islas escatológicas, de las que debemos destacar sobre todo la isla *Lenca* o *Isla Blanca*, morada de Aquiles.
4. Desde los primeros textos griegos estos lugares aparecen descritos con características propias del mito de las Edades y condiciones atmosféricas propias de lo que podría ser un «clima atlántico meridional». No se descarta que a la hora de la composición de la *Odisea* y *Los Trabajos y Días* pudieran circular ya noticias de procedencia fenicia sobre islas atlánticas descubiertas por ellos.
5. En un primer momento, los habitantes de las Islas de los Bienaventurados y similares son dioses (caso de Lico), héroes del ciclo tebano (caso de Cadmo y Alcmena), héroes del ciclo troyano (caso de Menelao, Aquiles, Diomedes, Sarpedón, Héctor, Agamenón, etc.) y personajes históricos (caso de Harmodio).
6. En relación con los héroes, la razón por la que se va a estas islas es, fundamentalmente, el parentesco con los dioses o un matrimonio con alguna divinidad, lo cual se puede comprobar por ciertos cultos a determinados héroes. También resulta decisivo para ir ahí una cierta *areté*, que se supone inherente al elevado *status* social propio de los héroes. En muchos casos el destino de éstos en las Islas de los Bienaventurados o similares se anuncia en el contexto de una profecía.
7. Un momento decisivo en la historia de nuestro concepto se produce en el siglo V a.C., en el que Píndaro, por primera vez, extien-

de la residencia en estas islas a las almas de los que hayan vivido piadosa y justamente, con lo que el criterio del matrimonio divino o el concepto arcaico de *areté* deja paso a otro más democrático como requisito indispensable para acceder a estas islas. Después de Píndaro será Platón quien mejor y más extensamente desarrolle esta visión de la escatología bienaventurada, que muestra grandes connotaciones órfico-pitagóricas, procedentes del ambiente religioso de la Sicilia de la época, donde ambos autores estuvieron presentes.

8. Dado el frecuente empleo de nuestros conceptos en las inscripciones funerarias a partir del siglo IV a. C. puede asumirse que son más el reflejo de una creencia popular que el uso de una ficción poética o una expresión literaria.
9. El concepto de Islas de los Bienaventurados no es innato al pensamiento griego. Todo apunta a que esta idea podría ser un préstamo de la cultura egipcia o mesopotámica y haber sido introducida en el ámbito heleno en el transcurso de los contactos comerciales con el Cercano Oriente que se producen a mitad del siglo VIII a. C. No se descarta tampoco una penetración más antigua a través de la civilización minoica. En nuestros textos pueden encontrarse, de hecho, muchos aspectos relacionados con Creta.
10. La procedencia egipcia de la escatología de estas islas puede tener su confirmación por ciertos detalles que tienen que ver con Egipto, como que Menelao está aquí cuando recibe la profecía de Proteo, o la noticia que nos ofrece Heródoto de un lugar egipcio llamado Isla de los Bienaventurados.
11. En la evolución de nuestro concepto en el pensamiento griego cabe destacar, en consecuencia, una triple interpretación:
 - a) Una interpretación *mítica*, ya que en principio, el concepto nace en el contexto del mito de la Edad de Oro.
 - b) Una interpretación *místico-religiosa*, dado que doctrinas órfico-pitagóricas darán un nuevo rumbo a la historia de estas islas a partir del siglo V a.C.

- c) Una interpretación *geográfica* realista, por la que elementos del mito se transfieren a islas reales a medida que se van descubriendo⁸⁷.

12. En relación con el apartado tercero del punto anterior habría que decir que, si bien, en principio, cualquier archipiélago atlántico (Azores, Madeira, Canarias, Cabo Verde) podría llevar en el pasado la impronta de Islas de los Bienaventurados/Isas Afortunadas, esta denominación se acomoda mejor al caso de las Islas Canarias. Esta conclusión se deriva de un estudio nuestro⁸⁸ de un texto latino del escritor norteafricano Arnobio (ca. del 300 de nuestra era), en el que, a la hora de citar los cuatro puntos cardinales, coloca en el oeste a las *insulas Canarias* (en latín y en plural), en lugar de las más usuales denominaciones míticas como «Columnas de Hércules», *Fortunatae Insulae* o *Makárôn nêsoi*. Lo que, en realidad, hace Arnobio es poner en ese punto unas islas suficientemente conocidas entonces, con su nomenclatura definitiva, en lugar de las denominaciones míticas anteriores, lo que es una prueba de que en su conciencia las verdaderas islas de los Bienaventurados del mito son las Islas Canarias.

Marcos MARTÍNEZ

Universidad de La Laguna

⁸⁷ Esta triple interpretación de nuestro mito la hemos explicado más detalladamente en nuestro reciente artículo «Las Islas Afortunadas», en *Los símbolos de la identidad canaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1997, pp. 373-377.

⁸⁸ Cf. Marcos Martínez, «Sobre el plural 'Islas Canarias' en la Antigüedad», en su libro *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento*, Santa Cruz de Tenerife, 1996, pp. 55-77.

